

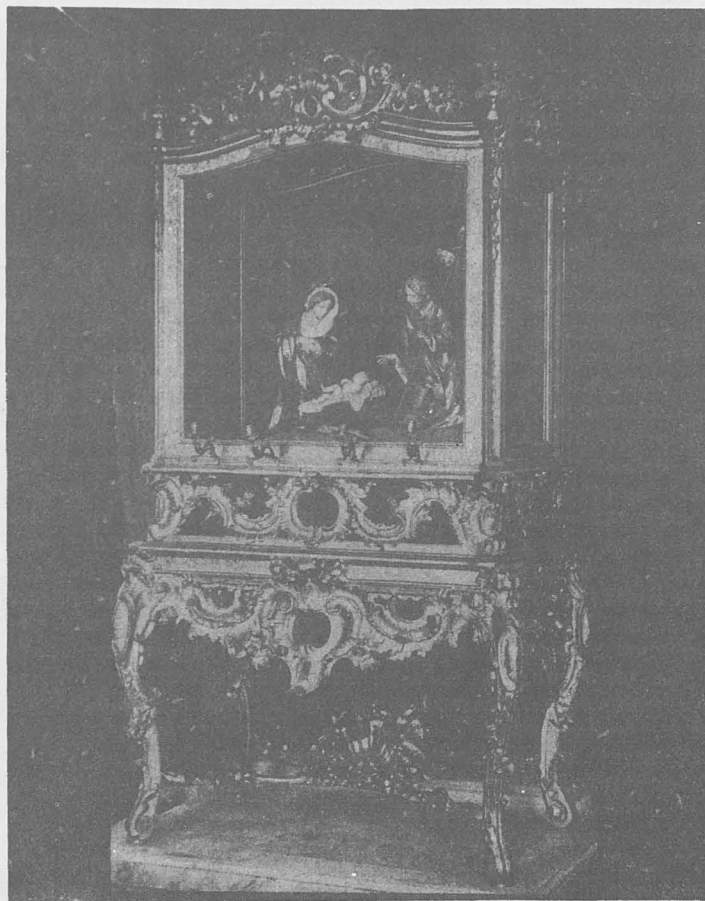
na, también, de parte de la última opinión; pues que en las lecciones del breviario, además de haber sustituido aquellas equívocas palabras por estas «Ildephonse, per te vivit Domina mea» que no es posible tergiversar, afirma que en aquella aparición milagrosa recomendó Leocadia el continuo estudio del ya citado libro de San Ildefonso.

Antes de que volviese Leocadia á su sepulcro, con un puñal que Recesvinto dió al virtuoso Prelado, logró éste cortar un pedazo del velo de la Santa, para memoria de aquel venturoso acontecimiento, y puñal y velo existen todavía en esta ciudad. Volvió la insigne mártir á su silenciosa morada, volvió á ocultarla á los piadosos ojos de los fieles la pesada losa que cubría el sepulcro y allí permaneció hasta que hacia el año 777 próximamente fué trasladada á Oviedo; después que el Obispo de Toledo Cixila escribió la vida de San Ildefonso, pues que en ella asegura que aún estaba en Toledo el precioso cuerpo. «Túmulus in quo ejus corpusculum usque hodie humatum est.» «El túmulo en que hasta hoy está enterrado su cuerpecillo.» Hé dicho que próximamente fué trasladada á Oviedo por los años 777; pues que hasta entonces no había perseguido Abderraman los cuerpos de los Santos como dice el moro Rasis (del siglo IX), y Cixila terminó el libro citado por el año 774, en que asegura que aún estaba el cuerpo en Toledo, de modo que entre ese año y el 780 en que sucedió á Cixila el desgraciado Elipando, de triste memoria, en que ya dice este Obispo que no estaba el cuerpo en Toledo, debió ser cuando la triste carabana de los cristianos condujo en sus débiles hombros hasta la capital del reino de Asturias, que gobernaba Silo, los cuerpos de Ildefonso y Leocadia. En aquel pequeño rincón de la antes tan vastísima monarquía visigoda, estuvieron las reliquias de la patrona de Toledo descansando en el templo que á su memoria mandó construir hacia el año 785 Alonso el Casto, hasta que viniendo á pelear contra los moros un conde de Henao de Flandes, logró, no se sabe en qué tiempo, de los reyes de León, como premio de sus victorias, ese sagrado tesoro, que conducido por él al monasterio de Gislen en el arzobispado de Cambray, enriqueció con sus milagros el territorio flamenco hasta los últimos años del siglo diez y seis, en que esta imperial ciudad tuvo la dicha de volver á recibir el día 26 de Abril de 1587, las sagradas cenizas de una de sus más esclarecidas vírgenes, de una de sus principales intercesoras, á

quien más devoción tuvieron siempre los toledanos, como lo manifiestan las tres iglesias que erigieron á su memoria en los tres sitios que más santificó con su gloriosa presencia, la casa donde nació (hoy parroquia de su nombre), la cárcel en que entregó su alma al Criador (antigua iglesia de los Capuchinos ya derruida) y el lugar de su sepulcro (basílica de Santa Leocadia ó Cristo de la Vega).

VICENTE CARDENAL MERINO.

Toledo Diciembre 12 de 1889.



La urna del siglo XVIII

MANAZAS

La resistencia era desesperada, el fin de la lucha llegaba como se ven llegar las sombras de la noche, lentas, progresivas, inevitables.

El enemigo victorioso transitaba tranquilamente por las calles del pueblo; sólo se escuchaba un fuego lento de fusilería, y aquellos últimos ecos del combate en su agonía, armonizaban con los postreros resplandores del crepúsculo.

En una de las últimas callejuelas, una porción de piedras casi apiladas en montón, simulaban una barricada, la que, acaso por insignificante, no había llama-

do la atención del enemigo: un par de docenas de defensores silenciosos, abismados á cual más en aquella tristeza de que estaba impregnado el ambiente saturado de pólvora, esperaba con las armas preparadas la ocasión de hacer fuego.

Aquel montón heterogéneo de piedras, ladrillos, maderas y colchones, apilados deprisa en revuelta confusión, tenía mucho más de triste que de imponente.

Había entre aquellos defensores un hombre que iba y venía, daba órdenes, modificaba la situación de este colchón, movía aquella piedra, enderezaba aquel madero, y en su agitación febril, miraba y volvía á mirar por aquellos agujeros irregulares, por uno de los cuales asomaba la boca negra de un cañón de pequeño calibre. Aquel hombre era el jefe.

El cañoncillo cogido al azar, detenido acaso en la marcha retrógrada de la artillería al ir á tomar posiciones á retaguardia, fué acogido con un grito de fraternidad por aquel puñado de valientes. El cañón ruge con ira y vomita venganza, y nada más que venganza é ira revolvían en su pecho las atletas, y de aquel horrible amasijo resultaba la desesperación.

Fué tratado con mimo, colocado en el centro de aquella muralla informe, no sin haber reparado antes la falta de una sobremuñonera con una soga de esparto que hacía bastante íntima la unión de la pieza con su afuste.

¡Horrible contrastel! Aquella boca circular, fría, muda y lóbrega, casi tan lóbrega como la umbrosa cavidad donde se fraguaban los pensamientos del que la había emplazado, había de abrasar como un ascua, iluminar con su rojiza luz y atronar el espacio con ese ruido característico que produce la metralla.

Hacía ya un buen rato que en la plaza había cesado el fuego, y perdiendo

una y otra casa, habían sido rechazados hacia el perímetro del pueblo; últimas posiciones desde las cuales, el fuego de los diezmados defensores, apenas si podría contener un cuarto de hora al enemigo. El estridor de la lucha que decrecía por momentos, llegaba hasta nuestros hombres en oleadas intermitentes.

Las tropas se batían en retirada; pero aquellos bravos, que no tenían noción del arte de la guerra, se batían cuerpo á cuerpo y no retrocedían nunca.

Esto era todo para ellos. Aquellos hijos del pueblo, aquella *canalla* que empezaba á sentir el hambre, aquellos hombres que esperaban serenos una muerte cierta, consecuencia lógica de una resistencia estoica, sentían latir en su corazón